

ADAM SMITH,
*THE POLITICAL LANDSCAPE. CONSTELLATIONS
OF AUTHORITY IN EARLY COMPLEX POLITIES,*
CALIFORNIA, UNIVERSITY OF CALIFORNIA PRESS,
2003

Stephen Castillo Bernal
Escuela Nacional de Antropología e Historia

GENERALIDADES DE LA OBRA

El trabajo de Smith sobre el paisaje político, más que constituirse como un nuevo recetario conceptual sobre los estadios evolutivos de las sociedades concretas, se convierte en una crítica al absolutismo espacial y al reduccionismo explicatorio de cómo se conforman y mantienen las entidades políticas complejas. De hecho, uno de los puntos medulares del análisis del referido autor es la cuestión de que las construcciones teóricas-hipotéticas derivadas de los pensamientos evolucionistas clásicos y neoevolucionistas, apuestan a la linealidad evolutiva, acusando un determinismo monocausal, y buscan abarcar a todas las manifestaciones de lo social en estadios generales de evolución.

Sin embargo, si partimos del supuesto evolucionista de que todas las sociedades humanas transitan por similares mecanismos de evolución (desde sociedades tribales, jefaturas y estados), estaríamos, de manera implícita, negando la diversidad cultural y la variabilidad regional, como lo señala puntualmente Smith. Por tal motivo, el autor de la obra aquí reseñada, hace la aclaración de que antes de que cada investigador abrace construcciones generales para “encasillar” a las diferentes formaciones sociales, es necesario entender la génesis particular de dicho desarrollo social. En pocas palabras, es menester de la praxis arqueológica estudiar la singularidad de cada sociedad concreta. Vale la pena señalar que Smith parece no rechazar tajantemente las propuestas teóricas generales, ya que sus conceptos sobre la manifestación fenomenológica del paisaje político se aplican de una u otra manera en diferentes sociedades humanas. Claro está que, al igual que nosotros, concibe que para obtener un conocimiento fidedigno o interpretación de una formación social acaecida en el tiempo, es indispensable entender parte de sus calidades singulares

estructurales, para poder comparar dicha manifestación con otras sociedades a partir de modelos hipotéticos generales. Finalmente, cuando alguno de los planteamientos generales no lleguen a concordar con las manifestaciones empíricas, la única alternativa es replantear el modelo para no forzar los datos y las potenciales explicaciones. En pocas palabras, debemos adoptar modelos generales que tomen en consideración los detalles particulares, lo cual se logrará cuando dichas construcciones analíticas se tornen más flexibles y abiertas a la crítica.

Antes de hablar sobre el paisaje político, consideramos relevante argumentar que Smith adopta una postura holista, en el sentido de que entiende a la sociedad como un conjunto de instituciones, agentes y actividades íntimamente relacionadas. Con esta perspectiva catalogaremos la concepción del referido autor como holista-estructural, ya que entiende a la sociedad como una totalidad concreta donde cada una de sus partes se encuentran concatenadas e imprimen movimiento al desarrollo natural de la sociedad. Esta concepción ontológica del autor permite que sus estudios de caso y su propuesta teórica para el entendimiento del espacio y paisaje político cobren fuerza y coherencia. Decimos esto en virtud de que, si partimos de la idea de que la sociedad es una totalidad concreta,¹ los componentes de cada paisaje político² tendrán incidencia directa en la conformación, el mantenimiento o la decadencia de cada formación social compleja.

DISECCIONANDO EL PAISAJE POLÍTICO

Los paisajes políticos no son otra cosa que una construcción social que evoca espacios, lugares y representaciones, donde las representaciones materiales de los espacios políticos deben su génesis a los deseos, metas y ambiciones de los regímenes. La reproducción de los paisajes políticos se lleva a cabo mediante la práctica cotidiana social, interviniendo aspectos económicos, políticos, ideológicos y de autoridad. Por otro lado, cuando una formación social llega a cambiar a lo largo del tiempo, su paisaje político, irreductiblemente, será modificado. Entendemos entonces que un paisaje político integra diferentes espacios, los cuales representan un segmento de la vida social y donde se llevan a cabo un conjunto de actividades entre las que podemos mencionar las productivas,³ políticas, ideológicas y jurídicas, por sólo citar unas cuantas. Para la correcta disección

¹ Bajo la semántica conceptual de Kosik [1966].

² Los componentes del paisaje político, según Smith, son la experiencia espacial, la percepción espacial y el espacio imaginado. Estas construcciones se encuentran íntimamente vinculadas con la política y se constituyen como una totalidad que moldea los rumbos de las diferentes políticas sociales.

³ Aunque dichas actividades no son abordadas fuertemente en la obra del autor aquí aludido.

de un espacio (y por consiguiente de un paisaje político), es indispensable que las significaciones de los espacios sean construidos a partir de la vida cotidiana, tanto civil como política.

Como se puede apreciar, bajo esta premisa Smith se pronuncia en pro de las construcciones particulares de cada paisaje político. Esta visión fue olvidada por los teóricos evolucionistas, ya que con la concepción de los grandes procesos generales de desarrollo se privilegió el tiempo, más no el espacio. De esta manera, concebir rígidamente a las sociedades pretéritas como “evidencias” de los estadios sociales lineales, trajo como consecuencia que el objetivo de las investigaciones efectuadas desde este punto de vista se convirtiera en una labor meramente clasificatoria, no explicatoria. Se encasillaba a las sociedades en categorías evolutivas previas sin preguntarse cómo se estructuró dicha manifestación de lo social, esto es, cómo se desarrolló la vida cotidiana y política de cierta entidad compleja.

Siguiendo este razonamiento y crítica, Smith llega a la conclusión de que la gran mayoría de las investigaciones orientadas bajo el sello evolucionista se centran en la detección de los determinantes del progreso humano (dado que los cambios de estadios evolutivos se debían a los progresos en las condiciones materiales de existencia), aunado a que la teoría evolucionista se conforma como una construcción del tiempo, de la forma y de la dirección de la historia, no de las particularidades de cada sociedad concreta. Una teoría que parta de los supuestos que venimos mencionando no tomará en consideración los lugares y paisajes políticos, ya que todas las sociedades transitarán por los mismos estadios evolutivos, independientemente de las calidades ambientales en las que se desarrollen y de las prácticas políticas que desarrollen, ya que los avances cualitativos están condicionados por los avances tecnológicos o la integración política —como apuntara Elman Service⁴— que, aunque con variaciones, llevará siempre al estadio evolutivo previsto.

Todas estas críticas pronunciadas por Smith le llevan a designar a estas concepciones teóricas sobre las manifestaciones de lo social como un *absolutismo espacial*. En este caso lo único que cuenta en la interpretación arqueológica, sociológica o histórica es la descripción del tiempo y las calidades generales, no el espacio particular ni los paisajes políticos, por lo que se elimina la variabilidad espacial y social, además de privilegiarse las configuraciones morfológicas y clasificatorias de las sociedades humanas, incluyendo las abundantes propuestas para la caracterización del estado y las sociedades complejas, las que también se han dedicado

⁴ A pesar de que Service [1975] utilizó parámetros políticos para explicar el desarrollo de las sociedades a través del tiempo, su construcción hipotética es sumamente unilineal, ya que no concibe los saltos cualitativos, sino más bien que toda sociedad, para alcanzar el Estado, debe transitar forzosamente por el cacicazgo.

más a caracterizar mediante “etiquetas” que a explicar su génesis y procesos de mantenimiento, con excepción, quizá, de la antropología política.

De hecho, el mismo Smith concibe al estado como una concatenación organizada de espacios que, históricamente, ha sido definido más en su generalidad que en su particularidad. El paisaje político de Smith se constituye, bajo nuestro punto de vista, como una alternativa conceptual no tan rígida que nos puede permitir acceder a las peculiaridades políticas bajo las cuales se estructuraron las diversas manifestaciones de lo social de grupos pretéritos, claro está que bajo un tinte falsacionista,⁵ en el que los planteamientos que no concuerden con la realidad deberán replantearse.

Siguiendo este argumento, Smith concibe que las sociedades complejas se estructuran a partir de geopolítica, política, regímenes e instituciones, las mismas que se construyen y mantienen a partir de diferentes paisajes políticos y espacios determinados de actividades. En este sentido el referido autor comenta que para entender cada uno de estos elementos es necesario entender el paisaje político de cada uno de estos ramos.

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL PAISAJE POLÍTICO

Tres elementos configuran un paisaje político: experiencia espacial, percepción espacial y espacio imaginado. La experiencia se refiere a la experiencia sensible y emotiva (es decir, cómo afecta la realidad a determinado individuo en el seno de una sociedad) creada con la estructuración de un espacio social determinado entre los dirigentes y la gente común. El tópico de la percepción está referido a la interacción social entre agentes sociales y un espacio definido; en pocas palabras, se refiere a las construcciones de obediencia, respeto y legitimación establecidas entre los habitantes de un espacio social dado a partir de la interacción entre ciudadanos y estructuras de poder. Finalmente la imaginación engloba los mecanismos ideológicos que conforman los paisajes políticos (legitimación divina del poder que recae en los gobernantes, por ejemplo).

No es nuestra intención elaborar un resumen exhaustivo de la obra de Smith ni de las problemáticas explicitadas en cada uno de los siete capítulos del libro. Debemos apuntar que los estudios de caso, tanto de entidades políticas mayas como de Mesopotamia y breves ejemplos del Egipto faraónico, permiten vislumbrar los alcances de un enfoque donde la totalidad de las relaciones políticas puede rastrearse a partir de la disección de los paisajes políticos.

⁵ Véase el trabajo de Lakatos [1983] para una explicitación más amplia del término.

Por ejemplo, las nociones de experiencia entre los pobladores del reino de Urartu en torno de la construcción de los centros urbanos fueron devastadoras. Grandes poblaciones de los antiguos regímenes fueron trasladadas a otras regiones o arrasadas violentamente, además de que hasta los cimientos de construcciones previas al reino de Urartu fueron removidos para que posteriormente volvieran a cimentar los nuevos dueños del espacio político y construyeran unidades arquitectónicas. Todo esto provocó un halo de respeto y experiencia en los pobladores, trayendo como consecuencia que los mismos integrantes de esta sociedad concreta supusieran que “desde un inicio” la tierra sobre la que el centro urbano está asentado había sido destinada a la población de Urartu. Y qué decir de las representaciones en estelas del gobernante de esta misma sociedad, donde se refuerza la imagen del rey como gran constructor y edificador de la sociedad urbana, manteniendo el refuerzo de la jerarquía social. En este caso tenemos un ejemplo de cómo un gobernante construye un paisaje político, donde se denota la majestuosidad del soberano y al cual se le debe pleitesía.

La ideología también se puede manifestar en representaciones arquitectónicas (además de las estelas), como es el caso de la percepción de dominación y sojuzgación entre los mayas del Clásico,⁶ donde se perciben emplazamientos de menor jerarquía que otros, mientras que los más potentes tienen la posibilidad de configurar monumentales edificios arquitectónicos que refuerzan su posición social geopolítica. Similar a lo anterior es la conformación política del reino de Urartu a partir de la percepción del paisaje y la edificación de fortalezas en sitios elevados.

Otro caso donde se aplican los elementos del paisaje político es Mesopotamia, donde a partir del mecanismo de imaginación se exploran algunos relieves donde se muestran gobernantes vinculados directamente con dioses, reforzando la ideología de dominación y de mantenimiento de jerarquías y clases sociales. Por otro lado, en el mismo caso concreto, se revisan otros relieves que muestran la preponderancia y coherencia de las ciudades, ya que en los relieves de algunos palacios se representan gobernantes y ciudades tributarias. Todo lo anterior refleja ideológicamente relaciones sociopolíticas y la legalidad de los regímenes. De esta manera, siguiendo con otro de los estudios de caso del libro de Smith, la iconografía y textos de Mesopotamia produjeron el paisaje urbano de la región, justificando la coherencia, política y jerarquía de las ciudades en cuestión.

⁶ Otro ejemplo ideológico del espacio imaginado apuntado por Smith, es para el caso de la estela de Seibal, donde se asocia al gobernante maya con los dioses patronos y creadores del mundo, cuando en realidad las representaciones ideológicas de legitimidad no concuerdan muchas veces con la realidad, aunque sirven como mecanismos muy fuertes de coerción social y de aceptación del orden del paisaje político.

Finalmente, Smith aborda el caso de las instituciones políticas, las mismas que pueden ser asociadas por los arqueólogos con las construcciones arquitectónicas, como templo y palacio. No obstante, en ocasiones dichas asociaciones pueden ser ajenas a la realidad pretérita, aunque las funciones teóricamente definidas pueden ser los indicadores de diferentes instituciones políticas, por ejemplo, accesos arquitectónicos restringidos (actividad que puede remitir a burocracia). Una vez más, los documentos escritos vuelven a ser parte fundamental en su análisis de paisaje político.

OBSERVACIONES FINALES

Creemos que la principal contribución de Smith al estudio de las formaciones sociales complejas es que no debemos reducir el campo de explicación del desarrollo social. Quizá en este sentido el referido autor termina utilizando el término *entidad política compleja* para referirse a diferentes sociedades con estratificación y, desde nuestro punto de vista, aunque dicho término no distinguiría teóricamente entre un cacicazgo y un estado, la caracterización socioevolutiva no depende de un concepto abstracto y rígido, sino del estudio de la mayor parte de una totalidad social. No basta etiquetar a las sociedades, sino explicar su funcionamiento interno. En este sentido la propuesta de paisaje político cobra relevancia, ya que abre un campo de explicación de las singularidades políticas construidas en una sociedad pretérita. Asimismo, los estudios regionales de superficie, como los modelos de polígonos o del vecino más cercano, no cobrarán relevancia ni ofrecerán elementos para sustentar inferencias si no toman en cuenta el espacio en que se desarrolló cada entidad política. El ejemplo expuesto en las erróneas construcciones de redes de interacción entre los mayas del Clásico ilustra esta crítica, donde se asignan arbitrariamente los límites de cada "ciudad-estado", así como la esfera directa de interacción entre cada una de ellas. Por otro lado, una crítica final a este planteamiento radica en que los estudios regionales de esta naturaleza no son capaces de denotar la jerarquía política entre diferentes emplazamientos mayas, además de que conciben al espacio como una entidad estática, inamovible y homeostática.

Una de las posibles objeciones sería que la totalidad de sus estudios de caso poseen una marcada ventaja: cuentan con documentos escritos. Claro está que no negamos la capacidad de elaborar hipótesis plausibles de emplazamientos antiguos que carezcan de documentos escritos (o sin descifrar aún), pero concebimos que el análisis hubiera sido mucho más rico si el autor hubiera incluido en su tesis un caso de esta naturaleza. No obstante, disponer de documentos escritos permite acceder de manera más directa (aunque sabemos que los documentos escritos tergiversan la realidad de acuerdo con el autor y contexto social desde el cual éste la redacta) a las singularidades de la política y el espacio de acción de la misma.

Utilizando mecanismos de análisis teóricos como el de totalidades de paisajes políticos, combinados con otros modelos teóricos de caracterización de sociedades, podremos acercarnos de mejor manera al ignoto campo de las sociedades complejas tempranas, ya que como termina diciendo el mismo autor en la parte final de su obra, la política no se trata solamente de territorio, urbanismo o arquitectura. Se trata de la producción y reproducción de la autoridad, aunque el territorio y el urbanismo se encuentran contenidos en el paisaje. Esa visión fresca concibe a la sociedad como una totalidad concreta donde intervienen diferentes niveles de acción de la praxis económica, política, ideológica y social. Finalmente avanzamos el argumento de que el autor mezcla a la perfección los aspectos simbólicos con mecanismos políticos y sociales, imprimiéndole a su propuesta la acción de la agencia humana, así como de la relevancia de los aspectos simbólicos en la configuración y el mantenimiento de los paisajes políticos.

BIBLIOGRAFÍA

Kosik, Karel

1966 *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo.

Lakatos, Imre

1983 *La metodología de los programas de investigación científica*, Madrid, Alianza Editorial.

Service, Elman

1975 *Origins of State and Civilization*, Nueva York, Norton.

